

-Burbujas-

Seudónimo: Cicely

En su bolso abierto de par en par bajo mis uñas asomaba, tentadora, como una cría sin madre, la esquina de un monedero. Eché un vistazo a mi alrededor. Me encontré con un escenario de ojos vacíos, de miradas perdidas en pantallas de teléfonos móviles. Cada pasajero parecía habitar en su propia burbuja y, por un instante, me alegré de la epidemia de incomunicación que asolaba el planeta y de la que siempre me había lamentado. Contuve el aliento, di un tirón suave y me guardé la cartera de aquella desconocida en el interior de mi abrigo. Aún hube de esperar un par de minutos hasta que el metro se detuvo. En cuanto se abrió la puerta salí, temblando, al andén. Comencé a correr en las escaleras mecánicas y sólo me frené cuando mis pulmones, tres o cuatro calles más allá de la estación, dijeron basta y me obligaron a parar y a vomitar en una papelera.

Nunca me había creído capaz de robar, probablemente porque nunca sospeché que llegaría a necesitarlo. Me senté en el banco de un parque. Por encima de mi cabeza, en un balcón, un Papá Noel mecánico trepaba y trepaba sin alcanzar jamás el final de su chimenea. Sobre las palmas de mis manos, con cuidado, como si fuera una reliquia sagrada que estuviese a punto de profanar, sostenía el monedero. Me di cuenta de que había cruzado una frontera hacia una tierra llena de sombras de la que, probablemente, no se regresa, y lo vacié antes de que ya no pudiese retener mis ganas de gritar. Mi botín: dos tristes billetes de cinco euros, unas cuantas tarjetas y, encerrado en un compartimento con cremallera, un décimo de lotería de Navidad para el sorteo que se iba a celebrar al día siguiente. Fantaseé, pensando que me tocaba, y me vi a mí misma dando saltos de alegría frente a los periodistas, pero no conozco la buena suerte así que, de inmediato, tuve la certeza de que si aquello sucedía su verdadera propietaria aparecería para denunciarme y reclamar lo que era suyo. Volví a guardarlo todo y me encaminé hacia mi casa, deseando haber tocado fondo aquella tarde, y temerosa de que mi pozo fuera, en realidad, mucho más profundo.

Esa noche no conseguí dormir. Una y otra vez repasaba cada uno de los pasos que me habían llevado hasta allí y me atormentaba la idea de que un simple movimiento en falso me había hecho arruinar todos mis esfuerzos de los cinco años anteriores. Había llegado a España sin nada en el bolsillo y con una niña recién nacida en mi regazo, y ahora estaba peor que al principio, era una madre soltera en el abismo. A quién se le ocurría tener una aventura con un cuarentón casado, en qué momento pensé que aquello no tendría ninguna consecuencia para mi futuro.

En mitad de la madrugada, Laura entró en mi cuarto, abrazada a su conejo de peluche, y se acurrucó junto a mí en la cama. Su inconfundible olor, una mezcla extraña de saliva nueva y rotuladores, me tranquilizó por unas horas, pero el amanecer vino cargado de culpa. Decidí devolver la cartera. Dejé a la niña al cuidado de una vecina, y me dirigí al domicilio de mi víctima, confiando en que no se hubiese mudado de la dirección que figuraba en su DNI.

La ciudad todavía estaba desperezándose cuando llamé a su timbre. Tenía la esperanza de dejar la prueba de mi delito en su buzón y marcharme deprisa, pero aquella anciana se asomó al hueco de la escalera.

-¡Ha encontrado usted mi monedero! – gritó al verlo en mi mano. Ni siquiera me dio tiempo de improvisar una farsa. Bajó hacia mí, aferrándose a la barandilla, y me sentí aún más culpable al ser consciente en su lentitud de lo mayor que era. Enseguida sacó el boleto y lo agitó en el aire -. Qué alivio. Llevo toda la vida jugando el mismo número, ¿se imagina que justo hoy sale premiado? Venga conmigo – añadió tomándome del codo, y metiéndome en el ascensor - ¿Qué quiere? ¿Un café, un té?

-No, no, de verdad. Tengo que irme – me condujo a su salón, desde donde nos llegaban las voces de los niños de San Ildefonso.

-Tonterías. Se ha molestado en venir hasta aquí. Lo menos que puedo hacer es invitarla a tomar algo. Además, ¿sabe qué le digo? Este billete será de las dos – afirmó, sonriendo de oreja a oreja -. Nos repartiremos las ganancias.

Desapareció en su pasillo. Regresó unos minutos más tarde, con una bandeja cargada de pastas y turrones. Se sentó a mi lado y su gesto cambió de golpe.

-Nos ha tocado – dijo señalando la pantalla.

-¿Qué? No puede ser – farfullé, con el corazón en los labios y una emoción que duró muy poco. Miré la televisión, los flashes de las cámaras de los reporteros latían al mismo ritmo que mi pecho sobre los rostros felices de las dos muchachas que habían cantado el premio gordo -. Pero no... no es el mismo. No es el mismo número – repetí, más para mí que para mi anfitriona.

-La terminación, querida. Nos ha tocado la terminación – hizo una pausa y empezó a reír. Yo no sabía si romper a llorar -. Hacía años que no me tocaba nada de nada. Me ha traído usted la buena fortuna. Vayamos a celebrarlo.

-No, espere – dije, tratando de devolver la cordura a la situación -. Escúcheme, por favor. La euforia efímera y la decepción siguiente habían eliminado de un plumazo la pose de entereza que yo trataba de mantener. Me sentí incapaz de disimular por más tiempo. Le

conté la verdad y, aunque no serviría para excusarme, le expliqué todo lo que me había pasado. Le hablé de lo duro que fue dejar mi país, y de lo difícil que me resultó sobrevivir en el suyo. Le dije que tenía una hija pequeña y que estaba esperando otra, que el padre de la primera se desentendió muy pronto de la crianza y el de la segunda me había despedido en cuanto le enseñé la ecografía.

-Era mi jefe – aclaré, como si fuera necesario.

Tuve que admitir ante aquella anciana a quien acababa de conocer, que apenas me quedaba dinero para el desayuno y que en ninguna entrevista de trabajo lograba hacer que se interesaran por mí.

-Siempre acabo confesando que estoy embarazada. Supongo que ya se habrá percatado de que mentir no se me da demasiado bien.

Me observó detenidamente por unos segundos.

-Conozco un restaurante magnífico – dijo.

-¿No ha oído lo que le he dicho? Yo le robé el monedero. Soy una ladrona. ¡Una ladrona! Ella se acercó y puso sus manos en mis hombros hasta que consiguió calmarme.

-Escuche. Hace falta un gran coraje para reconocer los errores. Ha sido usted muy valiente viniendo a mi casa, y a mi me gustan las personas valientes. A su edad también tuve que decidirme entre tener una familia o una carrera profesional. Ahora estoy sola, así que puede imaginar qué es lo que escogí. A veces me arrepiento, a veces no, pero de lo que estoy segura es de que una mujer tan joven como usted, en este siglo, ya no debería tener que elegir. Haremos lo que haga falta para que salga adelante, yo la ayudaré.

-No quiero abortar si es lo que insinúa, lo he pensado detenidamente y ya lo he decidido.

-Yo la ayudaré, querida, del modo en el que usted prefiera ser ayudada -. A continuación, asintió levemente y volvió a tomarme del codo, como si yo fuera su guía, o su hija.

Tras el almuerzo, me pidió mi número de teléfono, y una semana después me llamaron de una papelería en la que trabajo de vendedora desde entonces. Me hicieron fija ya con el primer contrato e incluso respetaron mi baja maternal.

Suelo visitar a mi salvadora un par de veces por semana, y aún no le he preguntado, ni ella me ha dicho, por qué decidió aceptarme en su burbuja. Lo único que sé es que se ha convertido en mi mejor amiga, y en una especie de abuela para Laura y para Olivia. Cada año vemos las cuatro juntas el sorteo de la lotería de Navidad. Ella dice que le damos buena suerte, y mantiene la esperanza de que nos toque el Gordo, pero a mí no me importa porque sé que, hace mucho tiempo, me tocó ya al conocerla el primer premio.